

Las lenguas de Nigeria según los informes emanados del censo colonial de 1921¹

Ventura Salazar García

Universidad de Jaén. Departamento de Filología Española.
Facultad de Humanidades. Campus “Las Lagunillas”, edificio D-2. 23071. Jaén.
vsalazar@ujaen.es

Resumen

Durante la época de dominio colonial consolidado, las autoridades británicas llevaron a cabo periódicamente, cada diez años, un pormenorizado censo en los territorios de Nigeria. Por diversas razones, el de 1921 tiene un carácter especial. No se limitó simplemente a la elaboración de la estadística al uso con fines administrativos, sino que propició asimismo la redacción y publicación, por cauces ordinarios, de unos amplios tratados etnográficos de enorme interés. Tales tratados corrieron a cargo de Meek (1925), para los territorios del norte, y de Talbot (1926), para las provincias del sur. Ambos cuentan con sendos apartados dedicados a las lenguas vernáculas: en el primer caso, firmado por Thomas (1925), mientras que en el segundo fue responsabilidad del propio Talbot.

El objetivo de la presente comunicación consiste en ofrecer un primer acercamiento a los contenidos lingüísticos incluidos en los mencionados tratados etnográficos, con especial atención a la catalogación y propuestas de clasificación de los idiomas documentados. Ello nos permitirá igualmente situar estas obras en su contexto histórico, ponerlas en relación con los estudios africanísticos de la época —de acuerdo con los datos aportados por autores como Doneux (2003)— y evaluar su grado de pervivencia a la luz de la tipología lingüística actual. Por último, no debe perderse de vista el que, pese a sus innegables limitaciones, los textos analizados cuentan con una meritoria base empírica, puesto que fueron fruto de un trabajo de campo en el que se tuvo acceso directo a las comunidades hablantes de las lenguas tomadas en consideración. Ello les confiere un importante valor testimonial, máxime si tenemos en cuenta la extensión y complejidad del territorio nigeriano.

Palabras clave: lingüística africana, Nigeria, lenguas bantúes, censo, informe etnográfico.

Abstract

During the time of their consolidated colonial dominion, the British authorities carried out decennial censuses in Nigerian territories. For several reasons, the census of 1921 is particularly relevant. This census 1921 did not only elaborate statistics for administrative use, it also led to the compilation and publication, through ordinary routes, of large ethnographic treaties of enormous interest. These treaties were commissioned to Meek (1925) for the northern territories, and to Talbot (1926) for the southern provinces. Both include respective sections on the vernacular languages: in Meek's study this was authored by Thomas (1925), whereas the other was elaborated by Talbot himself.

This paper endeavours to put forward the linguistic contents included in the aforementioned ethnographic treaties, paying special attention to the cataloguing and proposals for classification of the documented languages. This will also allow us to place these works in their historical context, relate them to Africanist studies of the time – according to the data provided by authors such as Doneux (2003) – and evaluate their degree of endurance in view of present-day linguistic typology. Finally, one should not ignore the fact that despite their undeniable limitations, the texts analysed boast a meritorious empirical basis. Indeed, they are

¹ Este trabajo se inserta dentro del proyecto de investigación HUM2004-04296/FILO, financiado por la Dirección General de Investigación (Ministerio de Educación y Ciencia). Su realización sólo ha sido posible gracias a sendas estancias breves de investigación en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (junio de 2007) y la Universidad de Harvard (septiembre de 2007). Agradezco a los doctores Adam Wolanin, S.J., (Decano de Misionología de la Universidad Gregoriana) y Ángel Sáenz-Badillos (Director del Real Colegio Complutense en Harvard) su amabilidad y las facilidades prestadas durante dichas estancias.

the result of field work carried out where direct access was obtained to the communities containing the speakers of the languages considered. This gives them an important testimonial worth, especially if one is to take into account the extensive nature and complexity of the Nigerian territory.

Key words: African linguistics, Nigeria, Bantu languages, census, ethnographical account.

Resum

Durant l'època de domini colonial consolidat, les autoritats britàniques van dur a terme periòdicament, cada deu anys, un pormenoritzat cens als territoris de Nigèria. Per diverses raons, el de 1921 té un caràcter especial. Aquest cens no es va limitar simplement a l'elaboració de l'estadística a l'ús amb fins administratius, sinó que va propiciar així mateix la redacció i publicació, continuant el seu curs, d'uns amplis tractats etnogràfics d'enorme interès. Dits tractats van ésser a càrrec de Meek (1925), per als territoris del nord, i de Talbot (1926), per a les províncies del sud. Ambdós compten amb sengles apartats dedicats a les llengües vernacles: en el primer cas, signat per Thomas (1925), mentre que en el segon va ser responsabilitat del propi Talbot.

L'objectiu de la present comunicació consisteix en oferir un primer apropament als continguts lingüístics inclosos en els tractats etnogràfics citats, amb especial atenció a la catalogació i propostes de classificació dels idiomes documentats. Això ens permetrà al mateix temps situar aquestes obres en el seu context històric, relacionar-les amb els estudis africanístics de l'època —d'acord amb les dades aportades per autors com Doneux (2003)— i avaluar el seu grau de pervivència davant de la tipologia lingüística actual. Per últim, no s'ha de perdre de vista el fet que, malgrat les seues innegables limitacions, els textos analitzats compten amb una meritòria base empírica, ja que van ser fruit d'un treball de camp en el qual es va tindre accés directe a les comunitats parlants de les llengües esmentades. Això els hi confereix un important valor testimonial, especialment si tenim en compte l'extensió i complexitat del territori nigerià.

Paraules clau: lingüística africana, Nigèria, llengües bant u, cens, informe etnogràfic

Tabla de contenidos

1. Introducción
2. Los *informes etnográficos* de Meek (1925) y Talbot (1926): aproximación general
3. Las lenguas del norte de Nigeria según Thomas (1925)
4. Las lenguas del sur de Nigeria según Talbot (1926)
5. Discusión y conclusiones

1. Introducción

Cualquier acercamiento a la historia de la africanística, por somero que sea, nos desvela un fenómeno que no conviene pasar por alto: hasta fechas relativamente recientes, el estudio de las lenguas africanas rara vez era desempeñado por verdaderos profesionales de la lingüística, sino que en la mayor parte de los casos corría a cargo, bien de misioneros, bien de funcionarios de las administraciones de las diferentes potencias coloniales. Eso es válido incluso para grandes figuras como Bleek, Meinhoff, etc., quienes tampoco fueron ajenos a unos intereses extrínsecos a lo meramente lingüístico. Cabe situar a mediados del siglo XX el punto de inflexión que modificó dicho estado de cosas, especialmente a partir de las aportaciones de Greenberg (1948, 1963) y Ladefoged (1964), prácticamente coincidiendo en el tiempo con los procesos de descolonización del continente. Este hecho ha condicionado en no poca medida la valoración que en general se concede al devenir histórico de la lingüística africana. En cierto modo, se diría que toda la africanística anterior a Greenberg es contemplada como una mera *etapa*

precientífica, cuyas propuestas de descripción y clasificación genético-tipológica despiertan hoy día muy escaso interés. Prueba de ello es que casi nunca son tenidas en cuenta en las monografías y manuales al uso de historia de la lingüística. Ante eso, hay que reconocer, ciertamente, que lo que cabe llamar como *período clásico de la bantuística* —que se extendería básicamente entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX— se encuentra ya plenamente superado tanto en términos teóricos como metodológicos. Ahora bien, no por ello deben caer en el olvido numerosas investigaciones que, a veces en circunstancias sumamente adversas, ofrecieron en su tiempo datos de singular relevancia, cuyo aprovechamiento fue imprescindible para la posterior emergencia de una africanística de nuevo cuño. Asimismo, se hace obligado reconocer que, en no pocos casos, la lingüística de la época colonial ofreció, para el estudio de ciertas lenguas, aportaciones de primer orden que no han tenido continuidad en épocas posteriores, o al menos no en el grado en que habría sido deseable.²

De acuerdo con todo ello, el objetivo de la presente comunicación consiste en dar noticia de unos textos paradigmáticos de la lingüística surgida al amparo de la ocupación colonial británica en África. Unos textos, a mi juicio, injustamente olvidados, dado que su contenido procede de un exhaustivo trabajo de campo que propicia el que, al menos en la vertiente más claramente empírica, sigan siendo merecedores de nuestra atención. Me refiero a los informes etnográficos (*ethnographical accounts*) publicados a la luz de los datos emanados del censo nigeriano de 1921. Tales informes etnográficos dieron lugar a dos monografías verdaderamente monumentales, que constituyeron probablemente la mayor fuente de información jamás disponible a propósito de un territorio colonial africano. Cronológicamente, la primera de ellas corrió a cargo de Charles Kingsley Meek (1925), con el título *The Northern Tribes of Nigeria*, y está formada por dos volúmenes dedicados, como su nombre indica, a las provincias del norte de Nigeria. Al año siguiente, Percy Amaury Talbot (1926) presentó en cuatro densos tomos una amplia panorámica de la realidad de los territorios meridionales, cuyo título es *The Peoples of Southern Nigeria*. En total, varios miles de páginas dedicadas mayoritariamente a cuestiones antropológicas y demográficas, pero sin desatender otros aspectos como la historia, la economía, etc. Todo ello ilustrado con abundante material fotográfico, cartográfico y estadístico. Las dos obras tomadas aquí en consideración fueron reeditadas en 1969. Lamentablemente, dicha reedición se limitó a una reproducción facsimilar de las versiones originales, sin más innovación que la de presentarlas en unos volúmenes más compactos y manejables. Habría sido deseable que, a tenor del tiempo transcurrido, hubiesen tenido el complemento de una introducción crítica que explicase al lector contemporáneo su génesis y razón de ser.

Dentro del vasto conjunto de contenidos que ofrecen Meek (1925) y Talbot (1926), las referencias a la situación lingüística de Nigeria ocupan un espacio proporcionalmente reducido, pero de enorme interés, toda vez que aspiran a aportar una nómina exhaustiva de las lenguas vernáculas de la colonia, con una tentativa de

² Por citar un ejemplo cercano, indicaré que la ocupación colonial española en el Rif, en la que los misioneros franciscanos tuvieron un especial protagonismo, propició la aparición de cierto número (no por pequeño menos relevante) de estudios dedicados a la modalidad de la lengua bereber hablada en la región. Entre ellos sobresalen por méritos propios los de Sarrionandía (1905) e Ibáñez (1944, 1949). Esta tradición quedó truncada prácticamente por completo tras la independencia de Marruecos. Sobre la lingüística misionera española en ese país pueden consultarse, entre otros, Gómez Font (1996), Herrero (1996) y Salazar (1998).

clasificación genética de las mismas de acuerdo con el estado de opinión dominante por aquel entonces. Con ello, dan cuenta con sorprendente detalle de la complejidad idiomática de los territorios en cuestión, dibujando un escenario que, al menos en sus grandes líneas y con las precisiones oportunas, todavía conserva un alto grado de vigencia en nuestros días. Concretamente, en la obra dedicada a las provincias del norte, esos contenidos se concentran en el primer apartado del capítulo ocho (titulado *Language and Lore*), sito en el segundo volumen. En cuanto a la monografía correspondiente a los territorios meridionales, cabe encontrarlos en el capítulo tercero del cuarto volumen. Hay que hacer la salvedad de que, mientras en este último caso es el propio Talbot (1926: 72-102)³ el que asume la redacción de tales contenidos, en el primero, de manera totalmente excepcional dentro del conjunto de la obra, será un tercer autor, Northcote Whitridge Thomas (1925: 132-147), el que pondrá su firma a ese apartado.⁴ Esta circunstancia encuentra su explicación en el hecho de que Thomas era en aquel momento uno de los principales expertos británicos en lenguas del África atlántica.

La elaboración de censos detallados de la población autóctona de cada colonia es un aspecto que pone de relieve el grado de implantación que había alcanzado ya la ocupación colonial británica a partir de comienzos del siglo XX. En el caso de Nigeria, y tras algunos intentos previos, el primer censo regular fue llevado a cabo en 1911 (Aluko 1965: 371), al que siguieron otros con una periodicidad de diez años. Cabe advertir que ese censo inicial de 1911 dio lugar también a la producción y difusión de obras académicas en las que los contenidos lingüísticos disponían de un peso específico de primer orden. El responsable de la mayor parte de esas obras fue precisamente Northcote W. Thomas, el posterior colaborador de Meek.⁵ Durante la segunda década del siglo XX dio a la imprenta diversos estudios sobre las lenguas y culturas de Sierra Leona y de Nigeria. Indudablemente, estas investigaciones de Thomas merecen también ser objeto de la debida revisión historiográfica. No obstante, me he inclinado por centrar mi atención primeramente en los trabajos derivados del censo de 1921, y no en los de 1911, por diversas razones. Para empezar, como ya advierte el propio Talbot (1926: 20), los datos del censo de 1911 fueron meramente estimativos por lo que se refiere a la población nativa, mientras que los datos de 1921 eran mucho más exactos y fiables. Por otro lado, aunque en los informes etnográficos surgidos del censo de 1921 la información de índole lingüística es más sucinta, por contraposición resulta más general y abarcadora, por cuanto aspira a ofrecer una visión de conjunto de toda Nigeria. En las obras surgidas al amparo del censo inicial de 1911, por el contrario, dibujan sólo un escenario parcial centrado únicamente en ciertas lenguas mayoritarias, con una orientación esencialmente descriptiva e instrumental. La primera de la que tengo constancia es la dedicada al grupo

³ De ahora en adelante, y salvo que se indique expresamente lo contrario, las referencias a Talbot (1926) seguidas de numeración de páginas corresponden al volumen cuatro, que es el que incluye el capítulo dedicado a las lenguas.

⁴ He preferido reproducir aquí el nombre completo de los autores referidos, aunque debo señalar que, en los textos estudiados, los nombres de pila de Meek y Thomas quedan ocultos bajo las iniciales. Por su parte, Talbot firma con la inicial de su primer nombre y la forma completa del segundo (Amaury), que es con el que era designado en su círculo de confianza.

⁵ Curiosamente, antes de dedicarse al estudio de las lenguas africanas, Thomas había alcanzado ya cierta notoriedad con estudios antropológicos que van desde la telepatía a las relaciones de parentesco entre los aborígenes australianos (cf. Thomas 1905 y 1906). Sin embargo, fue su traslado como funcionario colonial al África occidental lo que marcó un giro radical en su trayectoria investigadora.

etnolingüístico edo (Thomas 1910). En él se figuran, amén del informe etnográfico sobre normas y tradiciones nativas, otras secciones que incluyen selecciones de textos, una gramática, un diccionario comparado de varias lenguas emparentadas y un diccionario edo-inglés. Como demuestra su fecha de edición, este libro no nace del censo en sí, sino de la fase previa, en la que era necesario suministrar a los funcionarios unas herramientas lingüísticas básicas para la interacción comunicativa elemental con la comunidad vernácula. En definitiva, algo esencialmente análogo a los cientos de gramáticas y glosarios elaborados al amparo de la expansión colonial europea desde el siglo XVI. Esa función propedéutica sigue dominando en obras publicadas por este autor con posterioridad: la dedicada a la etnia ibo (Thomas 1913-14) —que probablemente sea la que ofrezca un mayor interés— y la centrada en Sierra Leona (1916a), que realmente se circunscribe a la etnia temne (*Timne*).⁶ A ello hay que sumar dos breves opúsculos que suponen una tentativa de clasificación de las lenguas del sur de Nigeria (Thomas 1914) y de Sierra Leona (1916b). Obviamente, para su elaboración se tuvieron en cuenta los resultados del primer censo colonial, pero también, en no poca medida, los datos aportados en su día por diversos africanistas decimonónicos, y muy particularmente por Koelle (1854). Sin negar mérito a estas aportaciones de Thomas, creo en definitiva que tanto para la antropología como para la lingüística —al menos, desde un enfoque teórico-tipológico— los informes etnolingüísticos vinculados al censo de 1911 constituyeron básicamente un primer ensayo, gracias al cual se acumuló una valiosa experiencia con la cual se pudo afrontar, a partir del censo de 1921, una empresa mucho más ambiciosa y abarcadora, representada por los trabajos de Meek (1925) y Talbot (1926).

2. Los informes etnográficos de Meek (1925) y Talbot (1926): aproximación general

Como es bien sabido, la ocupación colonial británica en África siguió básicamente dos patrones diferentes. En la franja oriental se buscó una contigüidad territorial a partir de un eje norte-sur, desde Egipto a Sudáfrica. En cambio, en el África occidental encontramos, aislados entre sí, enclaves comparativamente más pequeños, situados a lo largo de la costa atlántica. Tales enclaves fueron originariamente asentamientos costeros destinados al comercio de esclavos y de materias primas. La penetración hacia el interior sólo empezó a plantearse a partir de la primera mitad del siglo XIX, en clara competencia con Francia y, en menor medida, con otras potencias europeas. De entre todas esas colonias atlánticas, Nigeria es con diferencia la de mayores dimensiones, pues la ocupación del interior se vio favorecida por la existencia de grandes cauces fluviales, entre los que destacan el río Níger y su principal afluente, el Benué. La Conferencia de Berlín confirmó el reparto del continente y fijó el *status quo* entre las distintas potencias occidentales, lo que propició la plena implantación en Nigeria de toda la poderosa maquinaria militar y administrativa de la que hacía gala la Inglaterra victoriana.

El segundo censo nigeriano —elaborado, como hemos visto, en 1921, durante el mandato del Gobernador Sir Hugh Clifford— sobresale por diferentes motivos. Por un

⁶ Siempre que ha sido posible, para designar las lenguas —y, eventualmente, las etnias— que aparecen a lo largo del texto utilizaré los glotónimos españoles de acuerdo con las propuestas de Moreno Cabrera (2003). En las ocasiones en que no haya coincidencia con la denominación que aparece en las fuentes originales, añadiré esta última, la primera vez que se mencione la lengua en cuestión, en cursiva y entre paréntesis.

lado, fue el primero que se elaboró tras la firma del Tratado de Versalles, por el que el Reino Unido pasaba a administrar, por mandato de la Sociedad de Naciones, el entonces denominado *Camerún británico*. Consistía éste en una estrecha franja fronteriza con Nigeria, que fue desgajada de la antigua colonia alemana de Camerún, que en su mayor parte pasó a control francés. En teoría, dicho mandato de la Sociedad de Naciones definía un estatuto colonial diferenciado, en el que se contemplaba explícitamente la autodeterminación y eventual descolonización a medio plazo (Viladenc 1981: 77; García Ramírez 1999: 17). Sin embargo, en la práctica dicho territorio quedó anexionado a Nigeria a todos los efectos.⁷ Consecuentemente, este censo da cuenta de un momento de plenitud y máxima expansión del imperio británico en África Occidental. A eso cabe añadir la existencia de los informes etnográficos que ahora nos ocupan, los cuales fueron publicados y difundidos por los cauces editoriales ordinarios. Tales informes son una prueba fehaciente de que las autoridades británicas se plantearon este censo de 1921 con unos objetivos mucho más ambiciosos que los de la mera estadística con fines administrativos. Constituía más bien una herramienta esencial de conocimiento —y, por ende, de dominación— de los pueblos que se encontraban bajo su mando.

Los autores de los *ethnographical accounts* eran a la sazón funcionarios de la administración colonial británica. Contaban con una sólida formación académica y unas innegables inquietudes intelectuales, especialmente en lo relativo a cuestiones antropológicas. Charles Kingsley Meek ocupaba una posición jerárquica superior, pues ostentaba los cargos de oficial de distrito y comisionado del censo. Por su parte, Percy Amaury Talbot contaba seguramente, por aquel entonces, con una mayor experiencia en Nigeria, donde había desempeñado diversas misiones desde hacía más de dos décadas. Los datos que he podido recabar acerca de ambos autores revelan que, mientras Talbot contaba ya en su haber, desde mucho antes, con publicaciones de primer nivel, las investigaciones etnográficas de Meek sólo empezaron a descollar precisamente a partir de la elaboración del censo de 1921. Una primera referencia es una sucinta relación de ciertas lenguas habladas en el valle del Benué, clasificadas por entonces como semibantúes (Meek 1921-22), pero sólo después de la publicación del informe etnográfico de 1925 pudo ofrecer sus obras más representativas, entre las que se encuentran su estudio etnográfico de la etnia yukún (*Jukun*) (Meek 1931a) y una colección de estudios sobre los pueblos del norte de Nigeria (Meek 1931b).⁸ En tales estudios, Meek presta especial atención a la vertiente político-jurídica de la conducta social de las comunidades analizadas, así como en qué medida podía verse afectada por la

⁷ Durante el proceso de descolonización, en la segunda mitad del siglo XX, la población de este *Camerún británico* fue consultada en referéndum acerca de en qué país deseaba integrarse. Los resultados determinaron que las provincias del sur fueran reintegradas a Camerún, junto con el territorio que había permanecido bajo administración francesa. En cambio, las provincias del norte decidieron mayoritariamente incorporarse a la nueva Nigeria independiente.

⁸ Meek (1931b) está formado por dos volúmenes ilustrados que constituyen básicamente una recopilación de los informes que el autor remitió regularmente al gobierno colonial nigeriano con posterioridad a la publicación del *ethnographical account* de 1925. Por su parte, Williamson (1971: 294) señala que se conservan también numerosas notas manuscritas y textos inéditos de Meek, algunos de los cuales siguen conservando bastante interés no sólo desde el punto de vista antropológico, sino también en parcelas como el derecho, la historia política y, como no, la lingüística.

llamada *indirect rule*, que era el procedimiento de intervención colonial empleado habitualmente por el Reino Unido.⁹

Por lo que se refiere a Talbot, varios datos de su biografía, que expondré brevemente a continuación, revelan hasta qué punto su trayectoria vital y profesional estaba vinculada al territorio nigeriano. Los primeros contactos de Talbot con dicha colonia tuvieron lugar en 1904, cuando desempeñó un papel activo en una de las expediciones geográficas más famosas, amén de malhadadas, de las muchas que protagonizaron los conquistadores y aventureros británicos por aquellos años. Me refiero a la denominada *Expedición Alexander-Gosling*, que inicialmente tenía como objetivo remontar el Benué para cartografiar el nordeste nigeriano —y, de paso, frenar cualquier posible pretensión expansionista de Francia más allá de la frontera natural fijada por el lago Chad—, pero que finalmente constituyó una trágica epopeya con la que, a costa de numerosas bajas tanto de europeos como de africanos, Boyd Alexander consiguió atravesar el continente de oeste a este. Talbot se limitó a participar en la primera parte del periplo, hasta orillas del Chad, lo que seguramente lo libró de la triste suerte que corrieron Claud Alexander (hermano de Boyd) y el capitán G. B. Gosling, quienes fallecieron durante la travesía. De hecho, en el libro que Boyd Alexander (1907) publicó con el relato de dicha expedición —el cual lleva el descriptivo título de *From the Niger to the Nile*— se incluyen tres capítulos redactados por Talbot (concretamente, del cuatro al seis, páginas 68-143). Eso se debe a que durante parte del recorrido por el nordeste de Nigeria la expedición se había dividido en dos grupos, y Talbot era el único superviviente de uno de ellos.

Tras este primer contacto con Nigeria, Talbot regresó al Reino Unido, pero por poco tiempo, pues en 1907 se incorpora definitivamente al servicio político nigeriano. Por tanto, a partir de entonces desempeñó en Nigeria la mayor parte de su actividad profesional, interrumpida únicamente por esporádicas estancias en la metrópoli. En una de ellas, en abril de 1910, fue el encargado de pronunciar, en una sesión plenaria de la *Royal Geographical Society*, el elogio fúnebre por su amigo Boyd Alexander, que había fallecido poco antes en otra de sus expediciones africanas (cf. Alexander 1912: 54).

Fruto de su experiencia en tierras africanas fue la redacción de la obra más conocida y valorada de Talbot: *In the Shadow of the Bush* (1912). En ella, Talbot hace un detallado estudio antropológico acerca del grupo étnico ekoide (*Ekoi*) y, en menor medida, de otras culturas existentes en el territorio del sudeste nigeriano que la administración colonial designaba como *distrito de Oban*, actualmente integrado en el estado de Cross River. Aunque dista de tratarse de una investigación lingüística, no conviene dejar de advertir que sí ofrece al respecto cierta información de singular interés, contenida particularmente en varios de los apéndices. Hallamos, en concreto, un breve esquema gramatical de la lengua ekoide (páginas 417-423), un vocabulario básico de las seis lenguas principales de la región (páginas 424- 445) y una noticia de un sistema criptográfico usado por los miembros de la etnia calabar (*Efik*) (páginas 447-461). En cualquier caso, y aunque no desatienda otros aspectos antropológicos, el objetivo prioritario de Talbot (1912) se orienta hacia el estudio de las creencias religiosas de estos pueblos africanos, especialmente en lo relativo a la influencia de tales creencias sobre la vida cotidiana en aspectos tales como ceremonias comunitarias, ritos funerarios, tradiciones y leyendas, etc. Este interés por las llamadas *religiones primitivas* encaja

⁹ Sobre la aplicación de la *indirect rule* en Nigeria durante la época colonial, cf. Atanda (1973).

perfectamente con el ambiente intelectual de la época, especialmente a partir de que Tylor (1871) aplicara la teoría evolucionista a la historia de las religiones. Según dicho planteamiento, existiría un proceso evolutivo desde un estadio inicial animista a uno final monoteísta, pasando por una fase intermedia politeísta. Por lo tanto, un estudio de las religiones animistas podría aportar las claves para comprender el origen de las religiones monoteístas más extendidas. Este planteamiento suscitó un intenso debate durante varias décadas, cuyos jalones más conocidos son probablemente los estudios de Frazer (1890) y Marett (1909). Incluso Freud (1912-13) intervino en el mismo con uno de sus libros más controvertidos: *Tótem y tabú*. En la obra de Talbot (1912), tales planteamientos evolucionistas subyacen como *telón de fondo*, pero en la práctica no llega a aventurar especulaciones sobre los mismos, sino que se mantiene esencialmente fiel a la descripción de los datos empíricos que ha podido constatar de primera mano. Sea como fuere, lo cierto es que resulta decisivo conocer esta primera aportación antropológica de Talbot para entender muchas de las características de su posterior informe etnográfico, en el que las cuestiones relacionadas con la vida religiosa reciben un tratamiento muy pormenorizado.

La estructura de ambos informes guarda indudables concomitancias, previsible toda vez que eran fruto de una misma iniciativa de la administración colonial. No obstante, se perciben también diferencias notables que ponen de relieve la libertad de actuación de cada autor, el cual presta una atención variable a cada una de las cuestiones planteadas de acuerdo con sus intereses o su línea de especialización. Así, como se deduce de lo expuesto con anterioridad, Meek presta una mayor atención a la dimensión jurídica y socio-política de las informaciones emanadas del censo. En cambio, Talbot centra su atención en las creencias religiosas y sus manifestaciones en el folclore y en las distintas facetas de la vida cotidiana. Probablemente resultaría inadecuado plantear dicha diferencia sobre la base de una oposición entre lo público y lo privado, toda vez que tal dicotomía es esencialmente un producto de la cultura europea difícilmente trasladable a la realidad africana. Pero algo de eso hay, pues, aunque esa oposición no fuese operativa como tal en el objeto de estudio, sí formaba parte —consciente o inconscientemente— del bagaje de los investigadores, y en ese sentido podía condicionar el enfoque adoptado en cada caso. Por otro lado, no se debe olvidar que el informe de Talbot es mucho más extenso que el de Meek, hasta el punto de que casi duplica en volumen. Sin duda, este hecho responde en parte a la propia dinámica de trabajo de cada autor. Así, Meek tiende a buscar, entre la casuística de los hechos analizados, líneas que conduzcan hacia la generalización y la síntesis; por el contrario, Talbot hace gala de unas mayores pretensiones de exhaustividad, de atención por los detalles, amén de un especial cuidado por avalar su exposición con los datos cuantitativos disponibles. En cualquier caso, creo que las causas de estas diferencias de planteamiento no pueden ser atribuidas únicamente a los autores, sino que hay que tomar en consideración otros factores extrínsecos. Por ejemplo, se da la circunstancia de que la ocupación de Nigeria comenzó por el sur, y que por tanto esa zona era sustancialmente más conocida para los funcionarios de la metrópoli. En cambio, la presencia europea en el norte era aún escasa y menos consolidada, por lo que a la administración colonial le resultaría más difícil obtener informaciones suficientemente detalladas. Por último, frente a la población eminentemente sedentaria del sur, un amplio porcentaje de los habitantes del norte se caracterizaba por una forma de vida nómada para la que nada significaban las fronteras

artificiales impuestas por las potencias europeas. Esto, obviamente, es una circunstancia que no sólo dificulta la ejecución material de un censo, sino que también proyecta sombras sobre su valor efectivo. En definitiva, cabe pensar que las condiciones de viabilidad y fiabilidad del censo nigeriano de 1921 no fueron equiparables en el norte y en el sur, y que esto determinó en alguna medida el diferente grado de aprovechamiento que Talbot y Meek hicieron de los datos obtenidos mediante el mismo.¹⁰

En relación con lo anterior, puede comprobarse cómo ambas obras responden a un mismo plan general de diseño, y que sus diferencias estructurales dependen básicamente de que la información que se transmite de las provincias del sur es a todas luces mucho más abundante. Por ejemplo, el primer volumen de Talbot (1926) está dedicado íntegramente a una caracterización general del territorio, con contenidos sobre historia, geología, geografía, flora y fauna, tipos étnicos, etc. La organización del volumen viene dada por un capítulo de historia al que siguen otros doce dedicados a cada una de las provincias (incluyendo como tales la colonia de Lagos y el *Camerún británico*). Los datos del censo se ven complementados por otras muchas fuentes, desde los viajeros portugueses y holandeses de los siglos XVI y XVII hasta los múltiples materiales generados por la ocupación británica. Pues bien, la obra de Meek (1925) dedica a esos mismos contenidos tres capítulos que ocupan apenas cien páginas (menos de un tercio del primer volumen), para los cuales apenas si existían fuentes previas. La división en provincias apenas si se toma en cuenta, y sólo ocasionalmente se baraja la distinción entre los territorios de predominio hausa y los de predominio fulaní (*fula*). Talbot dedica los volúmenes dos y tres, por entero, a la religión y los diversos aspectos de la organización social, tomando como eje clasificatorio la distinción entre tribus bantúes, semibantúes y sudanesas. En lo relativo a las prácticas religiosas, muestra especial interés por explicarlas a partir del sistema subyacente de creencias: la distinción entre deidades principales y menores, la noción de alma, etc. Por su parte, Meek organiza los contenidos sobre la religión a partir de la división entre islam y animismo, y, dentro de este último, las creencias cosmológicas y otros aspectos *conceptuales* están menos perfilados que los aspectos rituales, que son, por decirlo así, directamente observables: feticismo, sacrificios, ritos de fertilidad, etc.

Lo anterior pretende ser sólo un botón de muestra que intenta ilustrar hasta qué punto ambas monografías, pese a partir de un planteamiento común, ofrecen también notables disparidades en cuanto a su desarrollo y ejecución. La atención a los hechos lingüísticos responde a la misma pauta, por lo que no constituyen ninguna excepción dentro de esta revisión comparativa. Por eso, no es de extrañar que el capítulo que Talbot dedica a las lenguas duplique en extensión al que Thomas elabora para ser insertado dentro del tratado de Meek. Veamos ahora con más detalle qué aportan cada uno de esos textos. Para ello, mantendré las etiquetas clasificatorias manejadas por los propios autores, por más que soy consciente de su falta de vigencia en nuestros días.

¹⁰ Los hechos aquí advertidos eran plenamente válidos a comienzos del siglo XX y, en gran medida, también en la actualidad. No obstante, conviene advertir que la trayectoria socio-económica de Nigeria ha sufrido notables cambios, motivados primero por la terrible guerra de Biafra (1967-70) y después por el descubrimiento de importantes yacimientos petrolíferos. Esto ha provocado, entre otras cosas, que el motor económico del país se haya trasladado hacia el norte (con la ciudad de Kano como núcleo principal), con las naturales consecuencias sobre las formas de vida tradicionales, y particularmente sobre el nomadismo.

3. Las lenguas del norte de Nigeria según Thomas (1925)

Thomas (1925: 132) comienza su exposición señalando que las lenguas de lo que él denomina *Negro Africa* se dividen básicamente en dos grandes macrofamilias. Por un lado, las lenguas bantúes, que a su juicio, “apart from aberrant forms” (*sic*), constituyen un tipo bastante homogéneo; por otro lado, las lenguas sudánicas, que podrían clasificarse a su vez en cuatro grupos con subdivisiones adicionales: occidental, central, zona media (con las lenguas semibantúes y pre-semibantúes) y oriental. Sólo este último grupo estaría ausente del norte de Nigeria, pues tanto las lenguas bantúes como, en mucha mayor medida, las otras tres grandes ramas de las lenguas sudánicas estarían representadas en esa zona. Thomas postula la existencia de más de doscientas treinta lenguas. Cabe suponer en buena lógica —aunque no se dice explícitamente— que ese cómputo es el resultado del censo de 1921. Los datos disponibles por aquel entonces para su estudio eran, según su testimonio, sumamente variables. No llegaban a diez las que habían sido debidamente descritas mediante gramáticas y diccionarios adecuados; un número algo superior contaría con vocabularios relativamente extensos, mientras que una treintena aproximadamente dispondría de breves glosarios y algunos datos sobre aspectos gramaticales concretos. En conjunto, un bagaje muy parcial y a todas luces insuficiente para acometer una clasificación genética verdaderamente fiable. Aunque el gobierno colonial nigeriano disponía por entonces de vocabularios manuscritos de aproximadamente ciento cincuenta lenguas, señala que los mismos son difícilmente aprovechables. Ello se debe a que los criterios dominantes en ese tiempo para la clasificación de las lenguas de África eran fundamentalmente morfológicos, cuya aplicación se hace hartamente difícil cuando sólo se disponen de meras listas de palabras aisladas. Por ello, Thomas (1925: 136) reconoce que los vocabularios en los que se ha basado para redactar ese capítulo difícilmente arrojan nueva luz sobre los problemas que entrañan las lenguas sudánicas.

Pese a esas y otras salvedades (como las relativas al papel de los préstamos léxicos), Thomas (1925: 137 y s.) acomete la clasificación de las lenguas localizadas en el norte de Nigeria para las que existen datos disponibles.¹¹ Sólo diez de ellas son incluidas dentro de la familia bantú, y dos más quedan bajo la etiqueta de *no clasificadas*. El resto son incluidas en distintos grupos de las lenguas sudánicas, en estos términos:

- a) Sudánico occidental. Tres lenguas dentro del grupo mande, dos en el kua (*Kwa*) y catorce (con dudas sobre una más) en el grupo nupe.
- b) Zona media. Tres en el grupo volta, seis en el grupo adamawa —calificado como *pre-semibantú*— y veintiuno en el llamado semibantú nigeriano. Para este último grupo plantea la posibilidad de que otras sesenta y dos lenguas poco conocidas puedan ser incluidas en él.
- c) Central. Se divide en dos grupos principales. Por un lado, el kanuri, con el idioma homónimo como único representante, y por otro el grupo benué-chad, mucho más amplio

¹¹ Obviamente, eso no significa que sean exclusivas de dicho territorio. Por ejemplo, entre tales lenguas figuran el yoruba —que es minoritaria en el norte de Nigeria pero que cuenta con varios millones de hablantes en el sur— el hausa, cuya comunidad hablante se extiende por varios países del África subsahariana occidental, etc.

—setenta y tres lenguas— y con una compleja subdivisión que, según se nos indica, constituye una ampliación de la elaborada con anterioridad por Prietze.¹²

En total, Thomas facilita el nombre de ciento noventa y ocho lenguas. Dado que había señalado inicialmente la existencia de más de doscientas treinta, cabe deducir que hay más de una treintena de lenguas de las que no se dispone de ningún dato; ni siquiera su denominación.

Tras esta propuesta de clasificación, las páginas siguientes están dedicadas a afrontar algunos problemas concretos que la misma suscita, particularmente en lo relativo a la correspondencia entre la filiación genética de los distintos grupos etnolingüísticos y su distribución areal en el territorio estudiado. La primera cuestión que se plantea se refiere al hausa, idioma que había sido incluido, con interrogación, en el grupo sudánico central, concretamente en la aquí denominada *subsección Muri-Bauchi* de la rama occidental de la familia benué-chad. Thomas (1925: 139) se hace eco del debate que esta lengua suscita desde antiguo: mientras algunos autores consideran que se trata de una lengua camítica que ha adoptado muchas formas gramaticales sudánicas,¹³ otros se inclinan por considerarla una lengua sudánica que ha recibido una considerable influencia camítica. Este autor se inclina por la última opción sobre la base de ciertas correspondencias léxicas con el goemai (*Ankwe*) y otras lenguas próximas, si bien reconoce que la prueba dista de ser concluyente. Por otro lado, cabe añadir que otro argumento que subyace para dicha postura reside en que el autor considera que la distribución geográfica del grupo benué-chad dispone esencialmente de una continuidad espacial, por más que la situación lingüística de la meseta de Bauchi sea extremadamente compleja y confusa y haya algunas excepciones (por ejemplo, la población de habla yukún, que pertenece al sudánico occidental, forma una ‘isla’ en el interior del territorio benué-chad).

Otro problema que ocupa la atención de este autor es la existencia de sistemas de numeración duodecimales, lo cual ya había sido documentado por Koelle (1854). Thomas aporta datos de otras lenguas con tal característica, que en su mayor parte (pero no todas) son catalogadas como semibantúes. Thomas se inclina por considerar que este sistema de numeración tiene un origen autóctono, pues no encuentra nada que haga pensar en una influencia externa de culturas tales como la babilónica. Por el contrario, sí considera foránea la existencia de sistemas de numeración senarios (base seis) en dos lenguas del extremo occidental de la colonia, ya que lo considera un rasgo provocado por una influencia pre-camítica.

Las páginas finales del capítulo están dedicadas a algunas cuestiones gramaticales, si bien el autor insiste nuevamente en la parquedad de los materiales a su disposición. Eso le permite hacer sólo observaciones puntuales y fragmentarias a propósito de fenómenos tales como el llamado *genitivo dependiente*, la formación del plural y poco más. Quizá el aspecto más llamativo es la localización de un número nada desdeñable de lenguas que incorporan la distinción de género al menos en algunas formas

¹² Se refiere, con casi total seguridad, a Rudolf Prietze (1854-1933), uno de los pioneros en el estudio de la lengua y la cultura hausas. Lamentablemente, Thomas no facilita la referencia del trabajo de Prietze al que alude, ni yo la he podido identificar.

¹³ De acuerdo con Doneux (2003: 111), está será la postura adoptada por Werner, así como por el grueso de la africanística alemana liderada por Meinhof. Mantengo el término ‘camítico’ (*Hamitic*) del original pese a que hoy día tiende a ser evitado.

de su sistema pronominal. Mientras en algunos casos la oposición se da entre humano, no humano y neutro, en otros se documenta la oposición entre masculino y femenino, en correspondencia con la división sexual de los seres humanos. Thomas resalta este hecho ya que, frente a la amplitud y complejidad de las clases nominales en las lenguas bantúes, en las lenguas sudánicas la variación de género es un fenómeno bastante raro, y los casos que se conocían hasta entonces (como el hausa), tendían a ser atribuidos a una influencia camítica. Aunque los datos de que dispone se limitan a los pronombres, Thomas (1925: 145) considera, quizá de manera excesivamente especulativa, que nada impide postular que esta distinción de género esté presente también en otras partes de la oración, como los nombres y los adjetivos.

4. Las lenguas del sur de Nigeria según Talbot (1926)

Talbot (1926: 72) comienza su exposición partiendo de una distinción básica entre lenguas bantúes, semibantúes y sudánicas. Ya aparece aquí una primera diferencia respecto del texto de Thomas, ya que este último había contemplado las lenguas semibantúes simplemente como una subfamilia dentro del grupo central de lenguas sudánicas. Esto es simplemente el reflejo del debate que por entonces se había suscitado entre los africanistas acerca de si cabía hablar de un dominio lingüístico específicamente semibantú (cf. Doneux 2003: 109-113). Talbot advierte al mismo tiempo que, para los propósitos de su informe, bajo el último término englobará por exclusión todas aquellas lenguas que no puedan ser consideradas como bantúes o semibantúes. Por tanto, también serán caracterizadas como *sudánicas* el fulaní y las lenguas camito-semíticas habladas por ciertos colectivos de inmigrantes procedentes de las provincias del norte. Esto, obviamente, se aparta también de los planteamientos de Thomas y además constituye una decisión más que discutible. De cualquier modo, muestra hasta qué punto el término *sudánico* era sentido ya por ciertos africanistas más como una etiqueta convencional que como una denominación ajustada a la realidad lingüística africana. De hecho, Talbot debe introducir a menudo la precisión *True Sudanic* para referirse a las lenguas sudánicas subsaharianas propiamente dichas (*nigríticas*, según la terminología de la época).

Este autor advierte no solamente de la pluralidad y diversidad lingüística de Nigeria, sino también de la importancia de este territorio por cuanto que, a su juicio, en él se encuentra la cuna tanto de las lenguas bantúes como de las semibantúes. Tal aserto pretende ser justificado a partir de ciertas asunciones acerca de complejos procesos migratorios que presuntamente condicionaron la fragmentación y evolución lingüística del África occidental. En síntesis, tales asunciones parten de la idea de que la lengua nigeriana más antigua que perviviría en nuestros días sería el iyo (*Ijaw*), como ejemplo más claro de esos idiomas “sudánicos verdaderos”. Esta población sudánica recibiría una primera influencia de población del área mediterránea (identificada como caucasia temprana) que sería la desencadenante de la evolución lingüística que gestaría la aparición de las lenguas semibantúes y bantúes. Estas últimas serían las más evolucionadas y las que alcanzarían una mayor extensión, dejando a las lenguas sudánicas primitivas y a las semibantúes circunscritas a zonas pequeñas y relativamente aisladas entre sí. Posteriormente tendrían lugar diversas oleadas migratorias de población sudánica subsahariana, con lenguas como el yoruba y el ibo, que se superpondría al sustrato bantú precedente. Por último, en fechas mucho más recientes, tendrían lugar

migraciones camito-semíticas (que ya no serían “sudánicas verdaderas”), las cuales se asentarían mayoritariamente en el norte. La influencia de estas últimas sobre las lenguas subsaharianas con las que entraron en contacto explicaría, por ejemplo, las singulares características del hausa y otros idiomas vecinos. Por tanto, lo que Talbot plantea es que el sustrato sudánico originario —del que apenas quedan restos— se reconocería ante todo por incluir lenguas de tipo aislante de las cuales el iyo es el más típico exponente.¹⁴ La rica morfología de clases nominales —de tipo aglutinante— característica de las lenguas bantúes, no sería autóctona, sino que habría venido modelada, en un período ciertamente muy antiguo, por la influencia directa de poblaciones externas, camitas o caucásicas.¹⁵ Posteriores migraciones de origen subsahariano o nord-sahariano explicarían presuntamente otras variantes gramaticales que no encajan en ninguno de los anteriores supuestos. Con tales planteamientos Talbot justifica indirectamente uno de los rasgos más llamativos de este capítulo: se tratan de modo interrelacionado los factores histórico-genéticos y los tipológicos, intentando hallar una explicación satisfactoria para ambos a partir de su confrontación dialéctica.

De acuerdo con lo anterior, no es de extrañar que podamos constatar también una notable diferencia expositiva entre el texto examinado en el epígrafe anterior y el que ahora nos ocupa. Tras una breve introducción, Thomas (1925) se había limitado a plantear una clasificación genética, sin hacer realmente explícitos los criterios que la justificaban (aunque no cabe duda de que los factores geográficos resultaban determinantes. Sólo posteriormente añadía algunas observaciones de índole gramatical, más bien escasas y fragmentarias. Talbot (1926), por su parte, introduce tales observaciones de forma previa a cualquier intento detallado de clasificación, teniendo en cuenta un número de fenómenos bastante más amplio. La cuestión que quiero resaltar es que, aunque el objetivo último es utilizarlos como potenciales criterios para una clasificación genética de las lenguas, en la práctica el análisis propuesto conduce hacia una indagación de corte tipológico. Prueba de ello es que llega a afirmar explícitamente (cf. Talbot 1926: 73) que una misma lengua puede ser clasificada en diferentes grupos en función de la propiedad examinada en cada caso. Algo que precisamente Thomas (1925: 133) rechazaba abiertamente, por cuanto a su juicio el enfoque genealógico era el único adecuado para la clasificación de las lenguas; un enfoque que, en principio, genera taxonomías cerradas ante las que no cabe contemplar la existencia de lenguas híbridas. De todo esto se deduce que la clasificación que finalmente ofrece Talbot es, en conjunto, menos coherente, ya que combina de manera más bien poco rigurosa los factores genéticos, areales y tipológicos. Pese a todo, el resultado final de este último es, a mi juicio, más interesante, ya que la información tipológica que aporta, pese a su carácter parcial, puede ser todavía aprovechable desde una óptica actual en la medida en que responde a datos empíricos debidamente contrastados.

Los parámetros que Talbot toma en consideración son tanto fónicos como gramaticales. El primero es la clásica oposición morfológica entre lenguas aislantes,

¹⁴ Pese a esto, Talbot (1926: 74) apunta poco después hacia la idea de que en una etapa anterior estas lenguas primigenias tuvieron una morfología aglutinante, sustituida después por el *pitch*, o uso de diferencias tonales.

¹⁵ Aunque Talbot no cita las fuentes de las que toma estas ideas, no cabe duda de que proceden fundamentalmente de Meinhof (1912), quien hizo del origen camita de las clases nominales del bantú prácticamente un dogma (cf. Doneux 2003: 110).

aglutinantes y flexivas. El primer tipo se identifica con las lenguas sudánicas subsaharianas, las cuales propenden a las raíces léxicas monosilábicas. Las lenguas bantúes, por su parte, pertenecerían al tipo aglutinante y tendrían mayoritariamente raíces disilábicas. Por último, las lenguas camito-semíticas tendrían una morfología flexiva, que en las semíticas se ve acompañado asimismo por la trilitaridad de las raíces léxicas. A continuación se tiene en cuenta la oposición entre lenguas con tonos (sudánicas *nigríticas*) y lenguas con acento cuantitativo (bantúes y camito-semíticas), si bien se hace eco de la hipótesis de van Neker, según la cual los tonos habrían sido parte esencial del primitivo bantú, y sólo desaparecieron a consecuencia de una influencia foránea. En cuanto a la vertiente morfosintáctica, los parámetros tomados en consideración son la existencia o no de formas de plural, la posición del genitivo respecto del nombre al que modifica, la categoría de género —en la que se incluirían las clases nominales— y los mecanismos de concordancia. Finalmente, y para completar el panorama lingüístico de la región, hay breves referencias al vocabulario (para el que desmiente cualquier posible prejuicio de pobreza o simplicidad), a la existencia de un *Pidgin English* y a la comunicación mediante el sonido de tambores.¹⁶

Tras estas consideraciones iniciales, el grueso del capítulo estará dedicado a la clasificación pormenorizada de las lenguas documentadas en el censo a partir de la distinción inicial básica entre los troncos sudánico “verdadero”, semibantú y bantú. Para cada uno de ellos, se elabora una tabla cuyas subdivisiones varían en virtud del grado de heterogeneidad. Así, el grupo semibantú aparece como el más complejo, seguido no muy lejos por el sudánico. En cambio, el bantú está formado únicamente por siete lenguas relativamente próximas entre sí. Estas tablas se ven completadas con breves comentarios explicativos de cada una de las subdivisiones principales.

El escenario que dibuja Talbot responde a las siguientes líneas generales. El tronco sudánico es dividido en ocho subgrupos (*stocks*, en su terminología) que, ocasionalmente, pueden ser subdivididos en secciones y ramas, lo que suma al menos veintiséis lenguas y un número superior, pero no totalmente determinado,¹⁷ de dialectos. En el tronco semibantú se identifican cinco grupos (*groups*) que dan lugar a catorce subgrupos (*stocks*) en los que cabría identificar no menos de cuarenta y siete lenguas y

¹⁶ Con toda probabilidad, ésta es una de las primeras referencias académicas al *pidgin* nigeriano. De él se señala que ya entonces actuaba como *lingua franca* en la mayor parte del África occidental con presencia comercial británica. Lo define como una modalidad que cuenta con palabras inglesas y una sintaxis acorde hasta cierto punto con las lenguas africanas, pero que ha sufrido tanto una simplificación de la gramática como una reducción del vocabulario. Por último, manifiesta su confianza en que la ampliación de la educación suponga la desaparición de esta modalidad —cabe entender que sustituida por un inglés genuino— e indica que en este *pidgin* la lengua inglesa no ha sufrido el grado de reducción que se aprecia en las modalidades derivadas del francés. En cuanto a la comunicación mediante tambores, a la que se dedica una mayor atención en el capítulo dedicado a la música y danza (cf. Talbot 1926, vol. III: 809), lo que se destaca es su uso prácticamente general en todas las tribus del sur de Nigeria, de las que ensalza su prodigioso oído y sentido del ritmo. La breve información que se aporta pone de manifiesto que, desde un punto de vista semiótico, esta comunicación mediante tambores maneja códigos sustitutorios derivados de las respectivas lenguas orales.

¹⁷ En la tabla relativa a las lenguas sudánicas se mencionan cuarenta y un dialectos, pero tanto en el grupo edo como en el yoruba se añade la apostilla *etc.*, que da a entender que existen bastantes más. Por otro lado, se desprende de este capítulo las enormes dificultades que suscita en este contexto la distinción entre lenguas y dialectos.

noventa y siete dialectos. Por último, ya he señalado la existencia de sólo siete lenguas bantúes, para las que se reconocen un total de diecinueve dialectos.

Pese a que Talbot hace abundantes referencias a reconocidas autoridades de la africanística de la época (el propio Thomas, Meinhof, Johnston, etc.), sospecho que a la hora de acometer la clasificación precedente tales fuentes tuvieron un papel más bien secundario, y lo más probable es que la referencia primordial fuese la clasificación etnográfica en tribus, subtribus y clanes establecida a partir de los datos del propio censo. Desde luego, son indudables y nada casuales los enormes paralelismos que se aprecian entre las tablas lingüísticas antedichas y las relativas a la población nativa, incluidas al comienzo del segundo volumen (cf. Talbot 1926, vol. II: 4-7). Dado que esas tablas de población incluyen el cómputo censal preciso de los miembros de cada colectivo étnico, cabe atribuirles, al menos inferencialmente, una interpretación demolingüística sumamente valiosa y que además no tiene parangón en la época, no ya con otras colonias de África, sino con la mayor parte de las regiones del planeta. Según los datos manejados por Talbot, en las provincias del sur de Nigeria vivían en 1921 un total de 8.318.613 habitantes. La gran mayoría (6.759.883) se inscribían en el llamado grupo sudánico, en el que destacan cuantitativamente la población ibo (3.927.419) y la yoruba (2.113.411). El grupo semibantú se acerca al millón y medio de habitantes (concretamente: 1.475.470), del que prácticamente dos tercios (960.311) pertenecen a la etnia ibibio. Por su parte, el grupo bantú es a todas luces minoritario, por no decir marginal, dentro del territorio considerado. Dispone sólo de 83.260 miembros divididos en siete tribus —plenamente coincidentes con las lenguas—, ninguna de las cuales alcanza los treinta mil habitantes.

Para cerrar este epígrafe añadiré que en cada una de las tablas utilizadas para clasificar las lenguas figuran cuatro columnas dedicadas a explicitar las interconexiones o semejanzas entre las distintas agrupaciones. La gradación va desde “estrechamente conectadas” a “muy ligeramente conectadas”, pasando por “moderadamente conectadas” y “ligeramente conectadas”. Con toda probabilidad, esto viene inspirado por el método de trabajo utilizado por Johnston (1919-1922) para su análisis de las lenguas bantúes y semibantúes. Como acertadamente ha constatado Doneux (2003: 112 y s.), pese al enorme esfuerzo investigador que supuso y el prestigio que adquirió en su época, la obra de Johnston es poco apreciada por los especialistas contemporáneos. Su hipótesis de partida era prometedora, y además se ha visto confirmada en sus líneas esenciales por estudios posteriores; a saber, todas las lenguas subsaharianas dotadas de clases nominales proceden de un ancestro común, por lo que la distinción genética entre lenguas bantúes y semibantúes, que era moneda común de la africanística al menos desde Torrend (1891: 51), debía ser superada sobre la base de la existencia de un ancestro común. Sin embargo, y al margen de otras carencias, el método de trabajo queda lejos de resultar satisfactorio para dicho objetivo. Johnston procedió a una confrontación sumamente prolija del vocabulario de casi quinientas lenguas (en muchos casos, a partir de encuestas elaboradas y administradas por él mismo), pero sin trascender la mera casuística ni postular reconstrucciones históricas que avalasen su planteamiento. A tenor de lo que Talbot (1926: 73) da a entender al comienzo del capítulo, parece lógico pensar que la especificación del grado de interconexión entre lenguas se ha llevado a cabo también por medio de la confrontación del material léxico, máxime cuando, como sabemos por Thomas (1925: 133), el gobierno nigeriano disponía de breves vocabularios de al menos ciento cincuenta lenguas nigerianas. En cualquier caso, lo cierto es que con ello Talbot

aporta una información de indiscutible interés para la lingüística africana, que, además, estaba totalmente ausente en el informe dedicado a las provincias del norte. En concreto, sus observaciones muestran hasta qué punto algunas variedades —particularmente las lenguas ekoides y el bafau-balongo (*Bafumbum-Bansaw*)—¹⁸ actúan en cierto modo como puente de unión entre los tres grandes troncos considerados. Lamentablemente, nuestro autor no va más allá de esa constatación, sin extraer las implicaciones que de ella se derivan. Así pues, Talbot ilustra abundantemente las relaciones existentes entre las lenguas del sur de Nigeria, pero no las interpreta ni las explicita en los términos adecuados. Por ello, no alcanza a vislumbrar la inadecuación en la que se basa la distinción entre lenguas bantúes, semibantúes y sudánicas, la cual entró no mucho después en una crisis definitiva. En el fondo, eso es algo que tampoco podía exigírsele a nuestro autor. Para empezar, el escaso peso que tienen las lenguas bantúes en el conjunto de la muestra a su disposición le impedía tener una visión de conjunto. Tampoco su formación, sus intereses académicos, que no eran prioritariamente lingüísticos, ni el enfoque positivista que subyace en su obra ayudaban a emprender esa revisión. Por último, y quizá lo más importante, ese tipo de disquisiciones teóricas quedaban fuera de los objetivos reales del informe etnográfico que se le había encomendado, el cual, no lo olvidemos, en última instancia debe ser entendido como parte de su servicio dentro de la administración colonial. Teniendo en cuenta tales premisas, probablemente la conclusión que hay que sacar es que realmente fue mucho más allá de lo que *a priori* habría sido esperable.

5. Discusión y conclusiones

La revisión crítica de los textos de Thomas (1925) y Talbot (1926) nos ha permitido constatar su condición de ejemplos prototípicos de la lingüística africana producida al amparo de la ocupación colonial. Thomas, más versado en la materia, desarrolla su exposición dentro de unos cauces ortodoxos, pero quizá por eso mismo más convencionales y poco comprometidos. Talbot, que era básicamente un antropólogo para el que la lingüística ocupaba sólo un espacio incidental dentro de sus intereses investigadores, adopta un enfoque ecléctico en el que se conjugan, con desigual fortuna, enfoques bastante dispares, como pueden ser, por ejemplo, los de Meinhof y Johnston. Este menor grado de coherencia interna no es óbice para constatar que, a mi modo de ver, la exposición ofrecida por Talbot es más rica y sugestiva.

Al margen de las anteriores consideraciones, lo cierto es que tanto uno como otro se mantuvieron fieles al paradigma dominante en la africanística de su tiempo, con todo lo que eso entraña. Los presupuestos de los que partían en su clasificación genética de las lenguas nigerianas, por muy incontestables que parecieran por entonces, quedaron desautorizados hace tiempo. Los términos *semibantú*, *sudánico* y *camito-semita* resultan completamente obsoletos, y el bantú, que por entonces era tenido como un dominio lingüístico autónomo, ha pasado a ocupar un espacio muy puntual dentro de las complejas ramificaciones del filo níger-congo. Precisamente esto pone de relieve hasta

¹⁸ Talbot había incluido tales lenguas entre las semibantúes. Sin embargo, el bafau-balongo es considerada actualmente como bantú (cf. Moreno Cabrera 2003: 506 y s.). Esta lengua, hablada por unos pocos miles de habitantes, se encuentra localizada en lo que fue el Camerún británico, que hoy forma parte de la república de Camerún.

qué punto merece ser valorado el revolucionario cambio de rumbo que introdujo Greenberg (1963) en la clasificación genética de las lenguas africanas, con un modelo que, al margen de cuestiones de detalle,¹⁹ mantiene su vigencia desde hace casi medio siglo.

En relación con lo anterior, no cabe duda de que algunos de los supuestos de partida que manejaban los autores de los informes etnográficos descansaban sobre graves prejuicios raciales ampliamente extendidos en aquellos años. Entre otros, la negativa a aceptar que ciertas lenguas subsaharianas como el hausa pudiesen estar emparentadas con las lenguas del norte del continente, o la creencia en que los mecanismos de recategorización nominal (el género y las categorías nominales) sean fruto de la influencia ejercida por migraciones procedentes del Mediterráneo.

Pese a todas las limitaciones anteriores, no podemos perder de vista otros aspectos que merecen ser ponderados ecuánimamente. Estos estudios fueron realizados con honestidad y a partir de una experiencia directa sobre el terreno. La conjunción de ambos ofrece un catálogo bastante completo de los cientos de lenguas de Nigeria, con datos entonces inéditos sobre su distribución geográfica, población hablante, etc. Al mismo tiempo, pone de relieve cómo se trata de un territorio en el que confluyen familias lingüísticas extremadamente dispersas, lo que sin duda constituye objetivamente una enorme dificultad para acometer una clasificación verdaderamente clarificadora.²⁰ Por último, no pueden pasarse por alto algunos hallazgos que, aunque no fueran adecuadamente interpretados en ese momento, desde la perspectiva actual no dejan de ser dignos de encomio. Uno de ellos es el hecho de que Thomas (1925: 139) decidiera la filiación del hausa en función de sus afinidades con otros idiomas de la zona, como el goemai, que eran unánimemente tenidos por miembros del tronco sudánico. Su conclusión es errónea, ya que deduce que el hausa es también una lengua sudánica; pero la intuición era correcta, ya que ciertamente esas afinidades existen, y son las que justifican el que hoy día tanto el hausa como el goemai sean catalogadas dentro de la familia chádica (subfamilia occidental) del filo afroasiático (cf. Moreno Cabrera 2003: 400). Asimismo, cuando Talbot (1926: 72) afirma que el iyo es la lengua más antigua de la región, lo hace a partir de la acertada apreciación de que esta lengua (con otras minoritarias que conforman lo que hoy conocemos como familia iyoide) posee una impronta sumamente singular dentro del contexto nigeriano. Finalmente, hay que tener en cuenta que la clasificación genética llevada a cabo por este último autor, aunque es inadecuada en lo que son las grandes agrupaciones y familias, gana en credibilidad cuando nos adentramos en subdivisiones más precisas, toda vez que su formulación parte de un conocimiento etnográfico privilegiado en lo relativo a la fragmentación demográfica en tribus y clanes.

Así pues, los contenidos lingüísticos de los informes etnográficos que he traído a colación merecen ser conocidos, con sus luces y sus sombras, por cualquier persona interesada por la africanística. Pero tanto las luces como las sombras hace tiempo que dejaron de ser piedra de toque para la polémica, y sería anacrónico plantear su análisis

¹⁹ Tales como la sustitución del término *níger-kordofano* por el de *níger-congo*, y poco más.

²⁰ Piénsese, sin ir más lejos, que de los cuatro grandes filios en los que se clasifican las lenguas del continente africano (afroasiático, nilo-sahariano, níger-congo y koisán), únicamente el último carece de representantes en el territorio considerado, que sin duda es un espacio privilegiado para la tipología areal.

desde una perspectiva que no sea la historiográfica. Ese análisis historiográfico es el que, modestamente, he pretendido llevar a cabo con estas páginas.

6. Referencias bibliográficas

- Alexander, Boyd (1907). *From the Niger to the Nile*. 2 vols. (con la colaboración de P. Amaury Talbot). Londres: Edward Arnold.
- Alexander, Boyd (1912). *Boyd Alexander's Last Journey*. (Incluye una *Memoir* a cargo de Herbert Alexander). Londres: Edward Arnold.
- Aluko, Samuel Adepoju (1965). "How many nigerians? An analysis of Nigeria's census problems, 1901-1963". *The Journal of Modern African Studies*, 3/3, 371-392.
- Atanda, Joseph Adebawale (1973). *The New Oyo Empire: Indirect Rule and Change in Western Nigeria, 1894-1934*. Nueva York: Humanities Press.
- Doneux, Jean L. (2003). *Histoire de la linguistique africaine: des précurseurs aux années 70*. Aix-en-Provence: Université de Provence.
- Frazer, James George (1890). *La rama dorada*. México D. F. Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Freud, Sigmund (1912-13). *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986 (*Obras completas*, vol. 13).
- García Ramírez, Paula (1999). *Introducción al estudio de la literatura nigeriana en lengua inglesa*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Gómez Font, Alberto (1996). "El antes y el después de la gramática árabe del Padre Lerchundi". En Ramón Lourido Díaz, coord., *Marruecos y el Padre Lerchundi*. Madrid: Mapfre, 115-132.
- Greenberg, Joseph H. (1948). "The classification of African languages". *American Anthropologist*, 50, 24-30.
- Greenberg, Joseph H. (1963). "The languages of Africa". *International Journal of American Linguistics*, 29, 1-171.
- Herrero Muñoz-Cobo, Bárbara (1996). "Novedades en la obra lingüística del Padre José Lerchundi". En Ramón Lourido Díaz, coord., *Marruecos y el Padre Lerchundi*. Madrid: Mapfre, 133-148.
- Ibáñez, Esteban (1944). *Diccionario Español-Rifeño*. Madrid: Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Ibáñez, Esteban (1949). *Diccionario Rifeño-Español*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos.
- Johnston, H. H. (1919-1922). *A Comparative Study of the Bantu and Semi-Bantu Languages*. Oxford: Clarendon, 2 vols.
- Koelle, Sigismund Wilhelm (1854). *Polyglotta africana, or, a Comparative Vocabulary of Nearly Three Hundred Words and Phrases in More than One Hundred distinct African Languages*. Londres: Church Missionary House.
- Ladefoged, Peter (1964). *A Phonetic Study of West African Languages*. Cambridge y Londres: Cambridge University Press y West African Languages Survey.
- Marett, Robert Ranulph (1909). *The Threshold of Religion*. Londres: Methuen & Co.
- Meek, Charles Kingsley (1925). *The Northern Tribes of Nigeria*. 2 vols. Londres: Oxford University Press & Humphrey Milford. Existe una segunda edición en Nueva York: Negro Universities Press, 1969.
- Meek, Charles Kingsley (1931a). *A Sudanese Kingdom*. Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co.
- Meek, Charles Kingsley (1931b). *Tribal Studies in Northern Nigeria*. 2 vols. Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co.
- Meinhof, C. (1912). *Die Sprachen der Hamiten*. Hamburgo: Friederichsen.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (2003). *El universo de las lenguas*. Madrid: Castalia.

- Salazar García, Ventura (1998). "Menéndez Pidal ante la lengua bereber: el *Prólogo* al *Diccionario Español-Rifeño* de Fray Esteban Ibáñez". En Feliciano Delgado León, M^a Luisa Calero Vaquera y Francisco Osuna García (eds.), *Estudios de lingüística General*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 531-541.
- Sarrionandia, Pedro (1905). *Gramática de la lengua rifeña*. Tánger: Imprenta Hispano-arábiga de la Misión Católica.
- Talbot, Percy Amaury (1912). *In the Shadow of the Bush*. Londres: William Heinemann.
- Talbot, Percy Amaury (1926). *The Peoples of Southern Nigeria*. 4 vols. Londres: Oxford University Press & Humphrey Milford. Existe una segunda edición en Londres: F. Cass, 1969.
- Thomas, Northcote Whitridge (1905). *Thought Transference: a Critical and Historical Review of the Evidence for Telepathy, with a Record of New Experiments 1902-1903*. Nueva York: Dodge.
- Thomas, Northcote Whitridge (1906). *Kinships Organisations and Group Marriage in Australia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Thomas, Northcote Whitridge (1910). *Anthropological Report on the Edo-Speaking peoples of Nigeria*. Londres: Harrison & Sons, 2 vols.
- Thomas, Northcote Whitridge (1913-14). *Anthropological Report on the Ibo-Speaking peoples of Nigeria*. Londres: Harrison & Sons, 6 vols.
- Thomas, Northcote Whitridge (1914). *Specimens of Languages from South Nigeria*. Londres: Harrison & Sons.
- Thomas, Northcote Whitridge (1916a). *Anthropological Report on Sierra Leone*. Londres: Harrison & Sons.
- Thomas, Northcote Whitridge (1916b). *Specimens of Languages from Sierra Leone*. Londres: Harrison & Sons.
- Thomas, Northcote Whitridge (1925). "The Languages". En C. K. Meek, *The Northern Tribes of Nigeria*, vol. II. Londres: Oxford University Press & Humphrey Milford, pp. 132-147.
- Torrend, J., S.J. (1891). *A Comparative Grammar of the South-African Bantu Languages*. Londres: Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.
- Tylor, Edward B. (1871). *Primitive Culture*. Nueva York: Harper, 1958.
- Viladenc, Jean (1981). *Desde los grandes imperialismos al despertar del Tercer Mundo (1914-1973)*. Madrid: EDAF.
- Williamson, Kay (1971). "The Benue-Congo languages and Ijo". En Thomas A. Sebeok, *Current Trends in Linguistics*. Vol 7: *Linguistics in Sub-Saharan Africa*. (coeditores del volumen: Jack Berry y Joseph E. Greenberg). La Haya y París: Mouton, 245-306.